Tonantzin Guadalupe y Juan Diego Cauhtlatoatzin, semillas de la teología india (segunda parte)

*Javier García**

3. Papel y significado del indio Juan Diego en el hecho guadalupano

Establecida firmemente la existencia histórica de Juan Diego, como dejamos consignado más arriba, queda preguntarnos por el papel y significado de Juan Diego Cauhtlatoatzin en el evento guadalupano. Son consideraciones sencillas, de una evidencia radiante.

1. Juan Diego Cauhtlatoatzin es un pobre indio macehual, un simple jornalero. A sí mismo él se llama «infeliz jornalero, cuerda de cargadores o mecal, cola y ala, cuyo destino es obedecer y servir, ser llevado y ser tenido como carga, en verdad no es lugar donde yo ando, no es lugar donde yo me detengo, allá a donde tú me envías» (v.55). Él mismo se pone en contraste con «los conocidos, los apreciados nobles, los que son honrados, los de linaje» (v.54).

Tras las palabras de Juan Diego Cauhtlatoatzin oímos la voz del pueblo indio, del México recién conquistado. Por su boca

* Profesor de teología dogmática en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*

habla la raza vencida y humillada, la categoría más baja de la nueva sociedad que se está formando en la Nueva España y en América.

2. Y sin embargo, *Cihuapilli*, la noble Señora, lo elige como interlocutor y le confía su mensaje para el pueblo indígena y su deseo para el obispo Zumárraga de que se le erija “una casita divina” en el Tepeyac para mostrar su amor materno a todos los indios de esta tierra y también a todas las demás gentes. Juan Diego Cuauhtlatoatzin es elegido embajador de *Tonantzin* Guadalupe ante el obispo Zumárraga. Y aunque Juan Diego Cuauhtlatoatzin pide se le libere de esta encomienda, después del rechazo del obispo y del desprecio de los criados del obispo, pues no se siente digno de tal encomienda, la noble Señora le responde: «no son gente de rango mis servidores, mis mensajeros, sino tú, que vayas por esto, abogues por esto, gracias a tí se realice, se cumpla mi querer, mi voluntad» (vv.58-59).

3. Y después de un segundo rechazo, la Virgen de Guadalupe le entrega su “señal”, las “flores frescas y olorosas” y “su sagrada imagen”, para que las lleve al obispo. Ya hemos aludido a la importancia de “las flores” en la cultura india, no sólo en su realidad botánica —que acompañaban siempre la vida de los aztecas, inmersos en un clima tropical, generoso en flores exóticas en todas las estaciones del año, en su vida cotidiana, en sus fiestas civiles y en sus ceremonias religiosas —todavía hoy goza del favor popular el canal de Xochimilco, una suerte de jardín flotante, en el que la gente de la Ciudad de México celebra sus fiestas familiares de mayor relieve—; las flores son, sobre todo, símbolo y concepto de cuanto más noble y verdadero existe sobre la tierra.

Si a las flores añadimos “los cantos”, tenemos una de las claves de la cultura azteca en su dimensión filosófica, literaria y religiosa. Y el *Nican Mopohua* está planteado en el marco de esta tradición de “*xochitl*” y “*cuicatl*”. He aquí otra muestra de inculcación. Las flores y cantos son señal para el pueblo indio de que la noble Señora es una de ellos, viene del cielo, es protectora Madre de sus dioses, es Madre benévola y habita en *Xochitlapan*, La

Tierra florida y en *Tonacatlapan*, La Tierra de nuestro sustento. Y es señal también para el obispo y los españoles, son rosas de Castilla, hermosas, frescas, olorosa, brotadas en una estación del año que no es apta para la floración, y en un lugar que solo produce riscos, huizaches, nopales, mezquites y abrojos.

Y con las flores va su sagrada *imagen*: la noble Señora da la sorpresa a Juan Diego, de haberle hecho su “*iconóforo*”, el portador de su imagen. ¿A quién confían las reinas que lleve su propio retrato? A una persona de su más absoluta confianza que jamás traicionaría su amistad. La noble Señora revaloriza los sentimientos y la actitud del indígena Juan Diego Cuauhtlatoatzin, de absoluta fidelidad y total amor a su Señora.

Y la noble Señora tiene la confianza con el indito de tomarle prestada su tilma para estampar en ella su preciosa imagen. No ha buscado tela más fina, madera preciosa, metal noble o mármol; prefiere el ayate de ixtle de Juan Diego Cuauhtlatoatzin, el mismo que llevan todos los macehuales del continente.

Y el rostro de la Señora no es blanco, ni son sus ojos azules, ni su pelo es rubio; su tez es la de una reina morena, mestiza, sus ojos del color de la miel, su pelo de un negro azabache, el óvalo de su cara de una belleza serena, fina y noble.

Y en su vestimenta muestra, como en un “*amoxtli*” o códice pictórico azteca, un resumen de su teología y de su cultura, es libro abierto en el que pueden leer los macehuales ignorantes, como diremos más adelante.

4. Ante tales señales, el obispo cae de rodillas, cree a Juan Diego y, por medio de él, cree a la noble Señora, y le edifica su ermita. Honra a Juan Diego y a su tío Juan Bernardino, vidente también y beneficiado por ella al ser curado de su enfermedad. Zumárraga honra a tío y sobrino, hospedándolos varios días en su palacio y doliéndose y excusándose de no haberles creído la primera vez.

5. Juan Diego, ¿símbolo? Sí, “Juan Diego es símbolo”, pero no en el sentido que le dió el ex-abad de Guadalupe, Guillermo Schullemburg, cuando le preguntaron sobre la existencia real de Juan Diego:

– “No existió; es solo un símbolo”, respondió paladinamente³⁸.

Hoy en día sabemos que su existencia ha sido probada por historiadores serios y bien documentados, como hemos dicho al inicio. Juan Diego, además de haber existido realmente, es símbolo en un sentido profundo de cuantos son pequeños y humildes, a los que Dios exalta con la fuerza de su brazo (Lc 1,51-52). En el indio macehual Juan Diego se empieza a realizar la ley enunciada por Cristo: «quien quiera ser el primero en el Reino de los cielos, que se haga el último y el servidor de todos» (Lc 22,24-27). De estos pobres y pequeños es el Reino de los cielos (Lc 6,20-21). En él se ven todos los indios de la Nueva España y del México actual, y todos los indígenas del continente; se ven las mujeres indígenas, ignoradas, los campesinos, los obreros, los pobres y humildes de todos los tiempos, los “pobres de Yavé” de toda condición social que sólo en Dios ponen su confianza. Y lo son, en primer lugar, los pobres reales, los pequeños y débiles de la sociedad, los actuales indígenas por quienes de modo especial vela la noble Señora del Tepeyac, empujando a los que pueden para que los protejan, los promueven y respeten su dignidad e identidad.

La noble Señora, Tonantzin Guadalupe, ha puesto las bases de una transformación social del nuevo pueblo que está surgiendo, al afirmar la dignidad de los más humildes, los indios macehuales, y al asumir su cultura como digno molde para trasvasar en él el mensaje cristiano de salvación.

Llama la atención la ceguera de algunos, clérigos y laicos de México, que, sin dar importancia al papel de Juan Diego Cuauhtlatoatzin en todo el evento guadalupano, pretenden separar la devoción a Santa María de Guadalupe –que admiten un poco a

regañadientes–, de la intervención que en todo el hecho guadalupano ha tenido y sigue teniendo el indio Juan Diego Cuauhtlatoatzin.

En un momento en que los indígenas de Chiapas, Guerrero y Oaxaca, de Centroamérica, Venezuela y Colombia, de Ecuador, Bolivia, Perú y la Amazonia, de Argentina y Chile, de Canadá y Estados Unidos, luchan por afirmar su identidad y reclaman un espacio para su religiosidad y cultura; en un momento en que incluso están forjando una teología india para expresar los misterios cristianos según su propia sabiduría, estos autores pretendan cortarles el pasto bajo los pies, quitándoles a uno de sus más elocuentes representantes, querido por la noble Señora.

Veamos ahora la segunda señal que la noble Señora manda, a través de Juan Diego, a Zumárraga y a todo el pueblo americano, su imagen.

4. El icono de Guadalupe

Antropólogos, historiadores y nahuatlatoatzin están de acuerdo en reconocer que la imagen pintada en la tilma de Juan Diego es un *amoxtili* o “códice indio”, al estilo de los que ellos usaban para consignar sus crónicas políticas o sus saberes cosmogónicos y teogónicos. Se trata de superficies de piel de venado o de papel amate, hecho de corteza macerada de maguey o de pulpa vegetal, plegado a modo de pequeños biombos con cubiertas de madera en los extremos. Sobre una imprimación de yeso o de otra pintura blanca escribían según su propia “gramática”. Así se pueden ver el “Códice Vaticano”, el “Códice Selden”, el “Códice Nutall”, el “Códice Dresden”.

En el código se emplea la imagen, que no es un simple “retrato de la realidad”, sino una idea o grupo de ideas. Los aztecas y mayas escribían con jeroglíficos, cuya significación era conocida por todos o por lo menos por la clase culta, sacerdotal y política: parte, eran pictogramas que representaban sintéticamente las cosas reales, parte, eran signos de un incipiente alfabeto fonético. A es-

³⁸ Cf. Entrevista en *Ixtus*, n.15, noviembre de 1995.

tos elementos gráficos y fónicos, se añadían los colores, cada cual con la propia significación, los símbolos de dioses, ciudades y reyes, las cifras numerales para situar el relato en el tiempo. De la combinación de estos diversos elementos nace la “gramática” con la que se expresaban en sus “códices”. Del conjunto se tenía un texto legible que era completado por las tradiciones orales transmitidas según cánones fijos por procesos mnemotécnicos muy precisos, enseñados a los niños desde el *calmecac* o escuela. Así podían conservar la memoria de sus reyes, pueblos y acciones épicas de dioses.

La lengua era polisintética, podía expresar diversas ideas sin nuevas palabras, añadiendo sólo raíces o sufijos. Análogamente, acumulaban diversos significados en una sola imagen. Por ejemplo, la palabra “*tetlaceliliztli*”, que traduce el concepto de sacramento, pero cuya composición añade matices: tenemos el verbo “*celilia*” que significa recibir, albergar; el afijo *-Te*, que indica persona, y el afijo *Tla-* = que indica cosas u objetos; así *Tetlaceliliztli* se puede traducir como “recepción de algo que es también Alguien”.

Un códice no se lee, sino que se interpreta, se traduce, es medio de comunicación de una cultura diferente. Había que memorizar las palabras de los autores. La Virgen eligió un “códice” para su mensaje, adaptándose a la mentalidad y cultura aztecas. Miguel Cabrera, el pintor novohispano escribe en 1756: «*el habernos dejado nuestra dulcísima Madre esta milagrosa memoria, este bellissimo retrato suyo, parece que fue el adaptarse al estilo o lenguaje de los indios; pues como sabemos, no conocieron ellos otras escrituras que las expresiones simbólicas o jeroglíficas de pinceles*»³⁹.

³⁹ Miguel Cabrera, «*Maravilla americana y conjunto de raras maravillas observadas en la dirección del arte de la pintura en la prodigiosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, con licencia en México de la imprenta del Real y más Antiguo Colegio de San Ildefonso, Año de 1756*», apud Ernesto de la torre Villar y Navarro de Anda, en “*Testimonios Históricos... Maravilla americana*”, p. 52.

Ometeótl, Dios, al hacerse “*tlacuilo*” o escriba, supo crear una obra maestra. Se trata de un “evangelio pictórico”: «proclama la Buena Nueva de Cristo a partir de la venerada “antigua regla de vida” de sus antepasados, y ¡no cambiándola, sino dándole plenitud! (Mt 5,17)»⁴⁰. Comentamos algunos particulares

Su rostro: el rostro es el de una jovencita, apenas salida de la adolescencia, ni india, ni española, sino mestiza, un rostro mexicano o, mejor, hispanoamericano. En un momento en que aún no las había de esa edad y en que ni indios ni españoles aceptaban el fruto de su unión, sino que lo despreciaban —eran en realidad los primeros mexicanos e hispanoamericanos—, fue el arquetipo biológico que adoptó la Madre de Ometeotl para manifestar ya desde su rostro su misión y función: «...*Daré todo mi amor... porque yo en verdad soy vuestra Madre compasiva, tuya y de todos los que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores...*» (vv.28-31).

Un rostro en el que cada uno de los progenitores, el español y la india o viceversa, puede reconocer, ennoblecido, un tercer rostro, con perfil propio y original, ya no español, ni indígena, sino un rostro otro, síntesis del viejo mundo —semítico, ibérico, romano, godo y africano—, y del nuevo mundo —indio americano, fuertemente emparentado con Asia y África—. Recientemente alguien observó a una pareja mexicana muy joven, en visita a la Virgen de Guadalupe, en el Santuario del Tepeyac:

—“Mira bien su rostro”, le decía el joven a su novia; “es como el tuyo y como el mío”. Y se quedaban extasiados mirándola.

¡Esta es la grande obra de Tonantzin Guadalupe, la Madre de todos, en México y en todo América! Es el grado supremo de inculturación y la sabia ley ya enunciada por Pablo: «*me he hecho todo para todos: griego con el griego, judío con el judío, gentil con el gentil; me he hecho todo a todos para ganarlos a todos para Cristo*»: La Virgen María se ha hecho india con la india y con

⁴⁰ J.L. Guerrero, *Flor y Canto...*, p. 395.

el indio. Los obispos de América Latina en Puebla escribieron una página memorable:

«*El Evangelio, encarnado en nuestros pueblos, los congrega en una originalidad histórica cultural que llamamos América Latina. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe, que se yergue al inicio de la evangelización*» (n. 446).

Hay también “jade y pluma preciosa” (*in chalchiutl in Quetzalli*) en la imagen, símbolo de belleza y riqueza para los indios. El jade del pequeño broche que la Señora lleva en el pecho, como las estatuas de los dioses, representa su propia alma. Es una cruz potenziada en la que se repite la síntesis cristiana de la cruz cristiana y la cruz indígena. Y hay plumas de ave preciosa en las alas del ángel que lleva a la Señora, la pluma preciosa de Quetzal, llamada por los aztecas “sombra de Dios”.

– **El manto azul** tachonado de estrellas: la “*xiuhtimatl*” o tilma de turquesa, es propia de los más altos “*tlatoanime*” o nobles y príncipes, y del Dios *Huitzilopochtli*, porque el *Huilhuícatl xoxouhqui* o “cielo azul” era el séptimo de los trece cielos, donde él residía y ése era el nombre de su templo en Tenochtitlán.

– **Las estrellas** que en él brillan traían a la mente india el recuerdo de *Citlahlinícue* o “La diosa de la falda de estrellas”, otro nombre de *Ometéotl* bajo un toque materno.

– **El cielo azul oscuro y estrellado** es el cielo nocturno, asociación de *Yohualli Ehecatl* o “noche viento”, es decir, “El Invisible, el Impalpable”, otro de los nombres de *Ometeotl*, lo que en lenguaje filosófico llamaríamos trascendencia, que no puede verse ni tocarse, pues está más allá de la realidad visible.

– **El cinturón negro** representa el cinto de *Coatlicue*, cuyo color era el negro: *Tecolliqueuqui*, “La que está vestida de negro”, otro nombre de *Ometéotl*.

– **El resplandor del sol:** al aspecto nocturno se sobrepone el diurno, pues la Señora está vestida de sol, más aún, está preñada del sol, como puede verse por la flor solar sobre la matriz el *ollín*, la florecita de jazmín de cuatro pétalos, y por la colocación de la cinta que la ciñe y por la intensidad de los resplandores que crece en la cintura. No es sólo sol astronómico, es una aurora de sol distinto en el momento de despuntar: es lo que significa “*Tonatiuh*”, “El que va brillando”, y “*Citlallatónac*” o “Astro que hace lucir todas las cosas”. Como se sabe, el sol es otro de los nombres de *Ometéotl* símbolo suyo.

– **El Angel** que sostiene con los brazos abiertos a la Señora es una suerte de atlante indio. Representa a *Cuauhtehuámitl* o “Aguila que asciende”, sostiene a la *Cihupilli* saliendo él de una nube. Sus alas con plumas de tres colores, azul verdoso, blanco amarillento y rojo, son también colores sagrados. Es una suerte de “serpiente emplumada” o Quetzalcóatl, con postura de atlante tolteca, “*Tlahuizcalpentecutli*” o “Señor de las Estrellas de la mañana”, otro de los nombres de Dios. Sus plumas son pequeñas, como puñales de sacrificio, son alas de águila: “el Aguila que asciende”, *Cuauhtehuámitl*, otro de los nombres de *Huitzilpochtli*, que sube a ofrendar la Señora a Dios. El ángel, por otro lado, representaría a la orden de los guerreros-águilas y guerreros-jaguales, lo más noble de la sociedad azteca.

– **Los colores:** el angel, con vestimenta de color rojo, con alas, algunas también de color rojo; la Virgen, vestida de “rosado o bermejo”, nos evocan el color del sol al nacer y al morir, es el color de *Huitzilpochtli* y de “*Yestlaqueuqui*”, “El que va vestido de rojo”, otro de los nombres de Dios. El blanco y el rojo de las alas del ángel hablan de *Tlaloc*, el Dios del agua y de *Xiuteculli*, Dios del fuego.

¡Es admirable la sabiduría y audacia del misterioso “*tlacuilo*” o pintor de la imagen, al poner a los principales dioses mexicanos como padrinos de la Madre de *Ometeotl*! Nos recuerda a San Pablo en el areópago de Atenas, que en su discurso de evangeliza-

ción de los griegos, parte de la “profunda religiosidad” que halla en ellos (Hch 17,22).

Concluyendo, podemos decir que el indígena que contemplaba la imagen de la noble Tonantzin Guadalupe, podía deducir de la “lectura” del “*amoxtili*” guadalupano que la noble Señora recogía cuanto de bueno había en su antigua religión y sabiduría indias y lo llevaba a un nivel nuevo y más luminoso. Tonantzin Guadalupe era la Madre del verdaderísimo Dios, que nos da la vida y nos hace hijos de Dios Padre.

Terminamos con algunos versos en náhuatl de Francisco Plácido, señor indio de Atzacapotzalco, compuestos pocos años después de las apariciones e Guadalupe, inspirado en formas de expresión prehispánicas y dedicado a la imagen de la Madre de Dios:

*“Yo me recreaba con el conjunto policromado
de variadas flores de tonacaxóchitl
que se esparcían, sobrecogidas y milagrosas,
entreabriendo sus corolas
en presencia tuya, ¡oh Madre nuestra Santa María!”.*

*“A la orilla del agua cantaba (Santa María):
«Yo soy la planta preciosa de lozanos capullos;
soy hechura del único, del perfecto Dios;
pero soy la mejor de sus creaturas»”.*

*“Tu alma, ¡oh santa María! está como viva en la pintura.
Nosotros, los Señores, te cantábamos en pos del libro grande,
y te bailábamos con perfección”.*⁴¹

⁴¹ Atribuido a Francisco Plácido, Señor de Atzacapotzalco, en “Cuevas Mariano”, *Album histórico guadalupano*, Década 1a., p. 21. Cfr. también De la Torre Villar Ernesto y Navarro del Anda Ramiro, *Testimonios históricos: el Pregón del Atabal*, p. 23.

Fernando de Alva Ixtlixóchitl, mestizo, casi español, pero con toda la sensibilidad india, complementó el *Nican Mopohua* con una descripción minuciosa de la imagen de la Señora del cielo, a través de la cual sus antepasados los indios pudieron revivir en carne propia algo de la experiencia de Juan Diego:

«La manta en que milagrosamente apareció la imagen de la Señora del Cielo era el abrigo de Juan Diego: ayate un poco tieso y bien tejido. Porque en ese tiempo era de ayate la ropa y abrigo de todos los pobres indios; sólo los nobles, los principales y valientes guerreros se vestían y ataviaban con manta blanca de algodón. El ayate, ya se sabe, se hace de ichtli, que sale del maguey. Este precioso ayate en que se apareció la siempre Virgen nuestra Reina es de dos piezas, pegadas y cosidas con hilo blando. Es tan alta la bendita imagen que, empezando en la planta del pie hasta llegar a la coronilla, tiene seis jemes y uno de mujer».

«Su hermoso rostro es muy grave y noble, un poco moreno. Su precioso busto aparece humilde: están sus manos juntas sobre el pecho, hacia donde empieza la cintura. Es morado su cinto. Solamente su pie derecho descubre un poco la punta de su calzada color de ceniza. Su ropaje, en cuanto se pone por fuera, es de color rosado, que en las sombras parece bermejo; y está bordado con diferentes flores, todas en botón y de bordes dorados. Prendido de su cuello está un anillo dorado, con rayas negras el alrededor de las orillas, y en medio una cruz. Además, de adentro asoma otro vestido blanco y blando, que ajusta bien en las muñecas y tiene deshilado el extremo».

«Su velo, por fuera es azul celeste; sienta bien en su cabeza; para nada cubre su rostro, y cae hasta sus pies, ciñéndose un poco por enmedio: tiene toda su franja dorada que es algo ancha, y estrellas de oro por doquiera, las cuales son cuarenta y seis. Su cabeza se inclina hacia la derecha; y encima sobre su velo está una corona de oro, de figuras ahusadas hacia arriba y anchas abajo. A sus pies está la luna, cuyos cuernos ven hacia arriba. Se yergue exactamente en medio de ellos y de igual manera aparece enmedio del sol, cuyos rayos la siguen y rodean por todas partes.

Son cien los resplandores de oro, unos muy largos, otros pequeños y con figura de llamas: doce circundan su rostro y cabeza, y son por todos cincuenta los que salen de cada lado. Al par de ellos, al final, una nube blanca rodea los bordes de su vestidura».

«Esta preciosa imagen, con todo lo demás, va corriendo sobre un ángel que medianamente acaba en la cintura, en cuanto descubre, y nada de él aparece hacia sus pies, como que está metido en la nube, acabándose las extremos del ropaje y del velo de la Señora del cielo, que caen muy bien en sus pies, por ambos lados los coge con sus manos el ángel, cuya ropa es color bermejo, a la que se adhiere un cuello dorado, y cuyas alas desplegadas con de plumas ricas, largas y verdes, y de otras diferentes. La llevan las manos del ángel, que, al parecer, está muy contento de conducir así a la Reina del cielo»⁴².

Conclusión

El capítulo de la teología india escrito en el evento gadalupano no se ha cerrado, sigue irradiando, vivo, en la devoción del pueblo de México y de América a la Virgen del Tepeyac y en la devoción al indio Juan Diego Cuatlatóatzin, incrementada con su canonización por Juan Pablo II. Sigue abierto, porque es un *amoxtli* o códice azteca, que admite nuevas lecturas que seguirán enriqueciendo nuestro caudal teológico y devocional.

En el encuentro de Tonantzin Guadalupe con el indio Juan Diego Cuatlatóatzin descubrimos con asombro una convergencia fecunda de la sabiduría india con el mensaje cristiano, realizada con mano maestra, es decir, con corazón materno y con inteligencia de altísimos kilates. El hecho gadalupano nos está mostrando un camino luminoso de teología india para andar si se quiere.

⁴² Citado en J.L. Guerrero en *“Flor y canto de del nacimiento de México”*, ed. Realidad, Teoría y práctica, Cuautitlán, Edo. de México, 2000, 6a. edición, pp. 386-387.